

El arte de no querer cambiar las cosas

Desde que era pequeña, mi abuelo siempre me ha contado la misma historia. Y, pobre de mí, que nunca la he entendido hasta que me han obligado a hacerlo. Él me contaba que el tiempo, además de ser una valiosa unidad de medida, era un preciado regalo que nos hacía vida. Bueno, preciado o, a veces, cruel y agonizante, supongo que depende de quién lo mire. Según él, cuando somos pequeños, el tiempo es lento y provechoso. Supongo que esta idea está basada en mí, pues yo era la típica niña que no podía estar más de dos segundos sin moverse y odiaba esas interminables horas de siesta que se echaba mi abuelo mientras yo esperaba en el salón. Por otra parte, según él, cuando estamos en la edad más prolífica de nuestra vida, la adolescencia, el tiempo es sabroso e inquietante: esas noches de amores y desamores y esas tardes estudiando o trabajando. Sin embargo, cuando somos adultos el cuento ya ha cambiado. Ahora no podemos hacer otra cosa que quejarnos diciendo la típica frase “la vida es muy corta, se me ha pasado todo volando”. Pero lo que realmente ha pasado es que nos hemos tirado toda la vida pensando en otra sin realmente haber disfrutado de ella. Asimismo, mi abuelo afirmaba que cuando ya estamos en nuestra etapa más adulta, es cuando aprendemos de verdad a disfrutar del tiempo, acompañándolo de sabiduría. Supongo que de ahí siempre han venido sus valiosos consejos o sus típicos “¡Ay niña, cómo me duelen las rodillas! Ya verás cómo llueve mañana”.

Así que sí, el tiempo. Tan contradictorio como parece. Tan esperado como se dice. Tan aborrecido que a veces carece de valor, pero otras rogamos por tener un poco más.

A mí, desde que he crecido, siempre me han dicho que lo aprovechara. Siempre he intentado hacerlo, aunque al principio no sabía ni el porqué ni el cómo. “Era práctica” me decían, pero no hay nada más falso que eso. Ya no sé ni cómo hacerlo en este mundo..., tan cambiado por el egoísmo y

por los malos que han gobernado durante tantos años. Sin embargo, aunque se pudiera pensar que es culpa suya el dónde y cómo estamos, al final es culpa tuya. Y mía también.

Todo comenzó hace siete años, yo tenía dieciocho y era el año 2.193. Siempre me acordaré de esa fecha, pues fue el mayor cambio de la historia de la humanidad. Una humanidad inculta e inocente aparentemente, pero con tanto pecado que el castigo que hemos terminado pagando es irreversible.

Recuerdo cuando anunciaron la catástrofe. Estaba con mis amigas y mi novio de aquel entonces, celebrando haber terminado los exámenes. Todos estábamos en la piscina de mi amiga con una multitud de personas más. Gritábamos de alegría y saltábamos en corro, liberándonos de todo ese estrés y presión de esas últimas semanas. En ese momento, el tiempo se paralizaba y mientras el cuerpo era invadido por esa felicidad instantánea, yo le rogaba a la vida que esta se tratara solo de ese tipo de momentos. Pero, ¡pobre de mí! No podía ser más ingenua. No pasaron ni dos minutos... De hecho, recuerdo ese momento como el más nefasto de mi vida. La vida me cogió en el instante más vulnerable y me destrozó.

Tan pronto como se terminó la canción que teníamos de fondo, escuchamos un bullicio procedente de una alarma. A lo lejos, vimos tanques y militares pasar, recluyendo a la gente. Veíamos también multitudes de personas huyendo de lo que no parecía que se podía huir. Unos lloraban por desconocimiento, otros no reaccionaban y otros empaquetaban lo más rápido que podían sus cosas personales, aún sin saber qué estaba pasando.

Las miradas de cada uno se iban apagando y perdiendo al darse cuenta de lo que estaba pasando.

Durante los últimos siglos, ya se había anunciado y alarmado sobre el problema del cambio climático. Muchos buscaban o intentaban buscar soluciones, mientras otros no le daban importancia alguna. “Es un invento de los chicos”, decía mi abuelo. Pero cada vez lo repetía menos cuando ya

era evidente lo que pasaba. Llevábamos ya demasiados avisos y demasiados efectos que se hacían presentes en el día a día.

Al principio, se derritieron los casquetes polares, dejando en extinción a los llamados osos polares, que ahora solo se conocen por antiguas fotos.

Luego continuó con los incendios, en todas partes, destruyendo muchos patrimonios. De hecho, una de las primeras catástrofes fue el incendio de Australia. Pero no el conocido de 2020, sino cien años más tarde, cuando llegó otro con mucha más intensidad y descontrol. El incendio arrasaba todo a su paso, hasta que dejó reducida Australia a cenizas. Y así fue entonces el primer país en desaparecer.

En aquella época, la mayoría de gente, ignorante en su totalidad, seguía pensando que todo esto no era más que un juego. Se propusieron algunas soluciones ante el miedo de que algo peor pudiera volver a ocurrir, pero no duraron mucho por la misma historia de siempre: el capricho del ser humano. Cuando interesaba, se utilizaba el cambio climático para campañas políticas o comerciales, pero una vez que a la gente se le había olvidado el tema todo volvía a su “normalidad”.

Más tarde, otros efectos del cambio climático aparecían y afectaban cada vez más a la población.

La sequía, muy presente en centenares de territorios, provocó la desaparición de tierras fértiles y por consiguiente, el empobrecimiento de la agricultura. En este punto, este sector se veía desnudo y empobrecido ante una situación que era muy difícil de paliar.

Todo ello iba causando un terrible efecto dominó.

Los arrepentimientos empezaron a llegar y el castigo no había forma de pararlo.

La ausencia de alimentos trajo consigo un encarecimiento en los precios de los alimentos, provocando que al final solo los más provistos de dinero pudieran comprarlos. Y así, en un abrir y cerrar de ojos, esta crisis empobreció a la mayoría de la población, pues se extendió por todos los sectores: los comerciales, por falta de demanda; textiles e industriales, por falta de materia prima; laneros, pesqueros y cárnicos, por la muerte de miles de animales...

Además, años después la gente terminaba muriendo por la incapacidad de satisfacer necesidades básicas. El estatus social que se había establecido afectaba a la mayor parte de la población.

Los más ricos podían permitirse comprar comida sana y podían abastecerse de un sinfín de antojos; mientras que los más pobres tenían que buscar alimentos como pudieran y donde pudieran. Por un lado, algunas personas solo se alimentaban de comida enlatada, judías, arroz y miel, principalmente de los alimentos más básicos que podías encontrarte. Por otro lado, en los casos más extremos, otras personas tenían que comer alimentos contaminados, ya fuera por radiación o infectados por malas condiciones higiénicas, provocando que mucha gente muriera.

Y, por consiguiente, así se convertiría una necesidad básica como lo es comer en una actividad propia de un campo de caza, donde cada uno lucha por su presa.

De repente, o no tan de repente, el mundo se había convertido en un caos gobernado por el egoísmo y la pobreza. Pero sobre todo por el cambio climático, que llevaba acechándonos durante muchos años.

Sin embargo no era esto lo más aterrador: aumentó la radioactividad en el planeta por la desintegración de la capa de ozono y millones de personas murieron y, de hecho, siguen muriendo.

Los primeros síntomas fueron: el enrojecimiento de la piel, la caída del cabello, la diarrea, las náuseas y la fiebre. Luego aparecieron las hemorragias, las úlceras en la boca, en el esófago, en el estómago o en el intestino, o incluso la quemadura de las cuerdas vocales u otros órganos. Además se presentaron mutaciones nuevas y hubo un leve aumento de incidencias del cáncer (con una importante ausencia del material para combatirlo).

Lo sé, muy desagradable. Pero mucho más cuando lo vives en primera persona y vives con el temor de perder a alguien que amas. Vives con la fobia y la cobardía de ver morir a alguien más. Pides y suplicas que todo pare. Que el tiempo se detenga. Que nos perdonen. Que nos absuelvan del castigo.

Pero lo haces sabiendo de la inutilidad que esto implica. Y lo sé. Tristemente sé que ya es inútil

pedir por algo. Lo sé porque he visto morir, sin poder hacer nada, a miles de personas y a centenares de seres queridos. Entre otros, mi abuelo.

Él decía que todo malo que ha hecho algo, debe pagar por su castigo. Pero no lo entiendo, él no lo era. Pero supongo que todos lo hemos sido por no cuidar de nuestro hogar.

Un hogar llamado planeta Tierra. Que nos ha dado todo lo que hemos necesitado, nos ha ayudado y nos ha dejado vivir en él. Pero se lo hemos devuelto maltratándolo, aprovechándonos de él y lo hemos hecho sin importarnos en qué condiciones estaba.

Ahora vivo en un búnker. Sin ventanas. Con otras tres familias. Turnándonos para salir solamente cuando sea necesario ante la existencia únicamente de tres trajes especiales de protección.

Así, durante siete años. Todos los días.

De hecho, he acabado la carrera aquí. He celebrado la graduación en una pequeña sala. He celebrado mi cumpleaños por videollamada. Me relaciono con mis amigos, de vez en cuando, por algunos túneles que me facilitan ir a otros búnkeres, pero solo cuando están disponibles, si no, tengo que hacerlo por videollamada. Mi trabajo, en cambio, a veces me permite salir al exterior para evaluar la superficie, pero no lo suficiente como para recordar cómo era mi vida antes de todo esto.

Estamos destrozados todos. Estoy destrozada yo. Muchos tienen esperanza en que las cosas puedan ir mejor, pero no lo harán.

A la tierra le falta mucho tiempo para recuperarse, y cuando lo esté yo ya no estaré para verlo.

En otras palabras, estoy condenada a vivir así por el resto de mi vida.

Todo lo que me contó mi abuelo, no podré vivirlo nunca. No sabré qué es disfrutar del presente sin pensar en un futuro, pues este es el único que tiene sentido para mí. No sabré más cómo es correr por el césped sin calcetines, sintiendo la hierba mojada entre los dedos. No recordaré más la sensación de las olas salpicando mi cara cuando flotaba en el mar. No disfrutaré más la sensación de

gritar una canción en el coche con mis amigos mientras el viento nos empapaba la cara. No volveré a saber más cómo era despegar en un avión, ni como se funde el sol hasta dar ese amanecer de colores rojos, morados y naranjas.

Nada nunca reemplazará estas situaciones, y nunca podrán ser repetidas.

Sin embargo, habría podido disfrutar de ellas, recordarlas y vivirlas si todo se hubiera solucionado a tiempo. Si se hubiera hecho caso a las advertencias que nos daba el planeta. Si las ansias de poder no hubieran gobernado la razón. Si la falta de empatía por un hogar destruido hubiera desaparecido. Si hubiéramos hecho las cosas bien, podría seguir llamando al planeta mi hogar, pero tristemente ya no lo es.

Tras largas reflexiones en soledad, pienso que esta obstinación que ha dominado nuestras cabezas no ha sido más que un arte. No ha sido ningún instinto del ser humano ni algo que se ha dado por casualidad, sino que ha sido un conjunto de disciplinas que hemos ido perfeccionando con el paso del tiempo.

El hombre, como especie animal que es, siempre tendrá instinto de supervivencia y sabrá atajar los problemas antes de que sean irreversibles. Por ello, lo normal habría sido que el hombre, amenazado por la extinción de su planeta y de su especie, hubiera acabado con el problema del cambio climático en cuanto hubiera podido. Sin embargo, ha sido el empeño del propio ser humano el que nos ha llevado a esta situación. Como diría mi abuelo, esto ha sido el arte de no querer cambiar las cosas.